

Menéndez, por su parte, enfatiza la negatividad del trabajo, desde el punto de vista y la experiencia laboral de las clases subalternas.

Esta antología resulta muy útil tanto por ofrecer un “estado de la cuestión” de las investigaciones sobre el mundo del trabajo, como por ser una guía clara y documentada para quienes se adentran por primera vez en este campo del conocimiento un tanto desdeñado por las visiones posmodernas de lo social. Valga pues un reconocimiento para estos cultivadores modernos del estudio de este arcaico actor y sujeto de la sociedad industrial.

Carlos Illades
*Universidad Autónoma
Metropolitana-Iztapalapa*

Victoria Lerner (comp.), *Los niños, los adolescentes y el aprendizaje de la historia*, México, Fundación SNTE para la Cultura del Maestro Mexicano, A.C., 1997, 208 pp.

Preparar una antología, documental o de textos, sean estos últimos artículos o partes de libros, es una tarea sumamente compleja. Antes que nada presupone objetivos muy claros, ya sea que se planteen así desde el inicio de la búsqueda o bien se vayan precisando conforme la investigación avanza —casi siempre ocu-

rre lo último, hasta que se está inmerso en el material se capta la complejidad del tema y las posibilidades reales del material—. También presupone el conocimiento del universo de los materiales a seleccionar.

La antología que nos ocupa, desde su concepción, tuvo el propósito de acercar al maestro de educación básica materiales sobre la enseñanza de la historia preparados en otras latitudes: los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España. Este punto de arranque implica un reconocimiento de que en estos países se cuenta con un material digno de ser revisado, “útil” para el trabajo en nuestro país, si bien advierte la compiladora que “no se trata de copiarlos servilmente, ni de rechazar los esfuerzos propios por malinchismo, sino de analizar a manera de crítica qué aportaciones, métodos y contenidos pueden adaptarse a nuestro país” (p. 20).

Más que pensar en adoptarlos y adaptarlos, en mi opinión, los materiales que se aglutinan en esta antología permiten un acercamiento a ciertas líneas de investigación que deben ser consideradas en los estudios mexicanos, ya que si bien ofrecen algunas sugerencias concretas que pueden despertar la imaginación del profesor para emplearlas en el aula, su mayor riqueza está en que son resultado de largas investigaciones realizadas desde diferentes enfoques, básicamente

desde la psicología y la didáctica, pero con un amplio conocimiento de lo que es la historia.

La antología está integrada por doce trabajos que la compiladora agrupó en tres capítulos: La utilidad de la historia, sus conceptos y géneros, el primero; Coordinadas básicas de la historia: el tiempo, el espacio y los hechos, y Formación vs. información históricas y métodos pedagógicos para enseñar historia, este último dividido en dos partes, caracterizadas no por su diferente temática sino por el grado de complejidad de los materiales, por cierto, muy peculiar criterio organizativo: Textos con técnicas históricas y pedagógicas sencillas para enseñar historia y Textos críticos y más complicados para enseñar tanto desde el punto de vista educativo como histórico.

Después de conocer el material y seleccionar el que se considera más apropiado con los propósitos planteados, la siguiente tarea de un antologador es organizar el material elegido, y no son poca cosa estas tareas de seleccionar y organizar. La estructura que se le dé puede ser definitiva para el logro o no de los objetivos. La organización que Victoria Lerner dio a los materiales hace evidente que prefirió los planteamientos generales, *grosso modo*, de la enseñanza de la historia que los específicos.

Una observación y dos comentarios sobre esta estructura. Cuando el hombre

del primer capítulo (La utilidad de la historia, sus conceptos y géneros) alude precisamente a "sus conceptos", no son los conceptos sobre lo que es la historia sino que se refiere a los conceptos que ésta maneja como disciplina explicativa, y en realidad los artículos que lo integran no desarrollan los diferentes géneros históricos sino más bien el problema de la comprensión de las dimensiones temporales por parte de los estudiantes. En cuanto al segundo capítulo (Coordinadas básicas de la historia: el tiempo, el espacio y los hechos), considero que el título puede promover a equívocos, ya que en realidad las coordenadas históricas son sólo dos: el tiempo y el espacio; los hechos históricos, la materia del conocimiento histórico, son los que se ubican en esas coordenadas para que tengan sentido, no son una coordenada.

No voy a comentar cada uno de los trabajos que integran la antología: todos ellos son interesantes, reflejan el estado en que se encuentra la enseñanza de la historia en otros países; ofrecen notas invaluable para reflexionar y encauzar actividades y, en ocasiones, ¿por qué no decirlo?, también reiteran puntos de sobra conocidos.

¿Existirá algún profesor que no reconozca la importancia del manejo del lenguaje para acercarse al conocimiento? ¿Alguno realmente desconoce los vínculos de la geografía y el civismo con la

historia, cuando por sólo referirme a un punto, tradicionalmente en nuestro sistema educativo y desde el siglo XIX la historia ha tenido como objetivo fundamental la formación cívica?

¿Habrá algún maestro en nuestro medio que no sepa que si apoya sus clases de historia en mapas o material didáctico como fotografías, cine, video, láminas, o con visitas a “sitios históricos” obtendrá mejores resultados en su práctica docente? Yo creo definitivamente que no. Hacerle saber los diferentes campos de lo geográfico en el conocimiento histórico resulta enriquecedor, pero sugerirle que use mapas en sus clases como si no supiera de su utilidad, no es innovador. Esta afirmación tan tajante de mi parte puede suscitar entonces una pregunta: ¿por qué si el profesor sabe y reconoce las ventajas de estos materiales no los emplea? Este punto puede ser precisamente uno de los que requieren investigación, pero puedo aventurar que hay diferentes razones: la inexistencia de estos materiales en las escuelas, la incapacidad material del profesor y aun su falta de voluntad para adquirirlos por su cuenta, y, también, la mediatización de la práctica docente misma. Pero aún hay otra más que es la que me interesa señalar en esta ocasión: una cierta incapacidad para aplicarlos adecuadamente y sacarles el mayor provecho posible en la medida en que lo que se desconoce en realidad es la materia misma.

La autora reiteradamente hace referencia en su introducción, en las notas que preceden a cada texto y en el colofón a las sugerencias que se han hecho en los últimos tiempos tanto desde las esferas académicas como en la Secretaría de Educación Pública sobre cómo enseñar historia, las propuestas de actividades, los nuevos libros de texto y las lecturas históricas dirigidas a los adolescentes, todo lo cual representa un gran esfuerzo para mejorar la enseñanza de la historia. Pero además de analizar con detalle políticas educativas, revisar críticamente programas, libros de texto y actividades a la luz de los conocimientos psicopedagógicos sobre el adolescente en lo que se refiere a su capacidad de comprensión histórica y social, y aun proponer de acuerdo con estos nuevos programas, nuevos textos y nuevos materiales didácticos, habría que preguntarse ¿qué sabe el profesor de la historia y el quehacer histórico? Me parece que allí es donde radica el problema fundamental, en tanto que la antología asume un presupuesto más: los profesores conocen la materia, por ello quizás el material podrá ser más útil para la formación docente de los profesores.

Al respecto me atrevo a decir que el profesor conoce procesos históricos —mejor el de secundaria que el de primaria en razón de la misma especialización—, y casi siempre dentro del es-

quema de la historia oficial o por la vía de la crítica en el de la oposición. Es decir, conoce los procesos que permiten justificar ciertas posiciones políticas, mas no los conocimientos que se derivan de la historia académica. Sin embargo, el problema no se reduce a una simple actualización historiográfica que, por supuesto, la SEP no va a promover si no cambia antes, o cuando menos depura, sus objetivos para enseñar la historia.

La historia como disciplina es mucho más que simples procesos históricos o hechos. Implica problemas de conocimiento, método y técnica. Asimismo, es un producto temporal que refleja el pensamiento de cada época, y que para ser conformado puede apelar a muy diversos enfoques y abordar diferentísimos temas, todos ellos relevantes para la comprensión del hombre, sin que podamos, en la actualidad, considerar uno por encima de los otros. Es una buena sugerencia que el profesor discuta con sus alumnos el problema de la utilidad de la historia, pero ¿el profesor está enterado de ese debate, de cómo ha sido éste a través del tiempo? Y sobre todo, ¿ha tomado el profesor alguna posición al respecto? Mucho me temo que no, y no por responsabilidad propia sino porque estos cuestionamientos no corresponden a su formación como docente.

Por mi parte, sigo sosteniendo que hacia allá tendrían que ir nuestros esfuer-

zos: a la mejor preparación histórica de nuestros profesores de historia, aunque parezca una perogrullada. Siempre recuerdo las palabras de mi maestro Eduardo Blanquel: “para enseñar historia, primero hay que saber historia”, después viene el problema de cómo enseñarla. Esto tendría que plantearse, creo yo, después de haber asumido una posición que dé sentido al conocimiento de los hechos históricos. En el caso de los profesores, incluso ya tienen una parte del camino andada respecto a las cuestiones psicopedagógicas, pues de una o de otra manera son temas abordados en las escuelas normales. Hacer el ensamble que resulta de asumir que enseñar historia implica dos tipos de responsabilidades, por un lado las que se derivan de la práctica docente y por otro, las que se desprenden de la historia como disciplina, es entonces mucho más sencillo.

Ambiciosamente —yo diría incluso que *muy ambiciosamente*—, al realizar la antología la autora se planteó como propósito “mejorar la enseñanza de la Historia de niños y adolescentes”. Aunque no creo que este planteamiento pueda cumplirse cabalmente, con toda seguridad el trabajo llamará la atención sobre diferentes aspectos de la enseñanza de la historia y provocará inquietudes en numerosos docentes interesados en el tema, que responderán sin duda al cuidado constante de Victoria Lerner de dar sugerencias aplicables en el aula.

No obstante, técnicamente la antología es perfectible. Considero que es excesivo el celo de la autora por “atender la capacidad de comprensión de los maestros”, pues fue el criterio que la llevó a seleccionar y recortar el material reunido. Eliminó textos teóricos y lecturas complejas y rebajó partes por considerarlas excesivas para los maestros —de algún texto nos dice que “no se incluyó completo porque es demasiado rebuscado y teórico para los maestros de secundaria”—. No puedo opinar sobre los materiales que eliminó, pero sí creo que hubiera sido mejor ofrecer textos completos para la mejor comprensión de sus premisas, metodologías y conclusiones.

Por otro lado, su afán de hacer más comprensibles los textos agregando subtítulos modifica el trabajo del autor —finalmente uno no puede diferenciar entre los apartados de los propios autores si es que los hubo y los de la antologadora—, y hay ocasiones en las que ese subtítulo atomiza el texto, ya que sólo anuncia un párrafo. Además, en algunos casos, considero que estos subtítulos distorsionan o no dan cuenta exacta del contenido. Por ejemplo, en el texto de Roy N. Hallam “Piajet y la enseñanza de la Historia”, un subtítulo asienta: “Es necesario privilegiar la historia cotidiana en este nivel”, cuando el autor dice que la historia “debe ser enseñada de forma concreta: el hogar, *la vida cotidiana*, las obras,

la agricultura y el comercio del periodo prehistórico; las pirámides, el calendario”, etc. Es decir, la vida cotidiana es sólo una forma más de lo concreto, e incluso dudo mucho que la acepción que usa el autor corresponda a la que en la actualidad en las investigaciones históricas se maneja como vida cotidiana. Otro ejemplo, el subtítulo anuncia “Necesidad de relacionar el pasado con el presente en este nivel”; sin embargo, el autor nos habla de “incluir algunas ideas abstractas de manera sencilla, pero es preferible enlazarlas con la vida diaria del alumno”. Más que la relación entre el pasado y el presente, lo que se alude es el vínculo de lo abstracto con lo concreto. Un último ejemplo: el subtítulo enuncia categóricamente: “Necesidad de utilizar cuatro conceptos diferentes en la enseñanza de la Historia en este nivel”; sin embargo, el autor nunca indica que deben ser cuatro, asegura que cuando mucho ha de manejarse esa cifra, pero que “si las variables son parecidas en cuanto al nombre o clase, será más prudente tratar con menos de cuatro”.

Quizás más redituable hubiera sido que la antologadora proporcionara alguna información sobre los autores: datos biográficos y una cierta valoración sobre su trabajo en el campo de la didáctica de la historia que permitiera al lector ubicar mejor el contenido de los materiales y su relevancia.

Sobre la introducción, las notas precedentes y el colofón hechos por Victoria Lerner, sólo algunas observaciones muy breves. En estas secciones puede percibirse una cierta reiteración en explicar lo que los autores abordan, lo cual resulta innecesario y aun molesto, pues pareciera que se parte del supuesto de que el lector es incapaz de comprender lo que se le está proporcionando, al grado tal que se le explica el contenido de los artículos en dos o tres oportunidades. Por otro lado, el aparato crítico se repite de tal manera, sin atender las normas que al respecto existen, que resulta realmente engorroso.

Es preciso reconocer el esfuerzo de la antologadora por hacer ver que las propuestas de los artículos que ofrece pueden ser aplicadas en las aulas mexicanas. Sin embargo, todavía hay una percepción abigarrada e indiferenciada del problema. Bajo la denominación indistinta de enseñanza de la historia y didáctica de la historia —cuando no significan exactamente lo mismo— se incluyen o aluden las más distintas cuestiones; lo mismo políticas educativas que problemas curriculares y programáticos; investigaciones psicopedagógicas que categorías de carácter histórico; libros de texto que recursos didácticos o lecturas de apoyo y actividades, etc. Incluso pareciera prevalecer que la didáctica es una disciplina normativa, condición que hace mucho tiempo se abandonó.

Por lo que se refiere al trabajo de edición, responsabilidad de la propia Fundación, es preciso ser más rigurosos con las normas para pulir la redacción de los trabajos que se publican bajo su sello, lo mismo que las relativas al aparato crítico. Resulta abrumador y costoso que se repita la ficha completa de las obras hasta diez o quince ocasiones. También abrumador y costoso, además de poco elegante e innecesario, es que se incluya un apéndice con la bibliografía de la autora sobre la enseñanza de la historia, cuando las referencias se han hecho hasta la saciedad a lo largo de las páginas de la antología.

No obstante que Lerner reconoce que se ha trabajado en nuestro país sobre el problema que significa enseñar historia, la antología misma y la bibliografía que alude hacen evidente la falta de investigación al respecto. La propia Fundación no ha generado un grupo que se comprometa a una tarea que vaya más allá de las experiencias y propuestas personales. Lo mismo ocurre en otras instituciones, salvo contadas excepciones. Mientras que otras áreas del conocimiento, el lenguaje, las matemáticas, la biología, la física o la química han ganado espacios para reflexionar sobre su enseñanza, la historia, lo mismo que la filosofía, se han quedado cortas en esta tarea; sin embargo, aun la filosofía, ante la preocupación por la formación de valores, ha recibido en

los tiempos recientes mayor atención que la historia.

La antología que hoy reseñamos hace palpable la necesidad de conocer más nuestra realidad: muchos profesores han enfrentado los problemas de enseñar historia y los han resuelto; necesitamos conocer sus experiencias. También es preciso saber más sobre las capacidades y desarrollo de los niños y adolescentes mexicanos y cuál es el grado de dominio que los profesores tienen sobre el conocimiento histórico. Asimismo, deberíamos expe-

rimentar propuestas bajo las condiciones reales de trabajo en nuestras aulas para conocer y valorar sus resultados. Es decir, intensificar la investigación en múltiples sentidos si es que realmente deseamos mejorar la enseñanza de la historia. Esta antología puede abrir caminos en ese sentido, ojalá que los sepamos aprovechar.

Josefina MacGregor
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma
de México